

MANO DE OBRA ILIMITADA: NOTAS ADICIONALES (*)

En un artículo publicado en esta Revista, hace cuatro años (1), demostraba yo cómo el supuesto clásico, consistente en que el trabajo se encuentra disponible para el sector capitalista de una economía según una oferta perfectamente elástica, conduce a conclusiones diferentes a aquellas otras que pueden deducirse del supuesto neoclásico de una oferta inelástica de mano de obra, y aclara varios problemas del crecimiento económico que la moderna ciencia económica no puede resolver. Las notas siguientes analizan con más detalle la posición clásica sobre algunos de estos problemas y también extraen algunas deducciones adicionales del modelo clásico. Me ocupo de nuevo sobre este tema debido a su importancia práctica. Más de la mitad de la población mundial (principalmente en Asia y en la Europa Oriental) vive en condiciones que corresponden a los supuestos clásicos y no a los neoclásicos. Estas gentes tienen que aprender más del análisis clásico que de cualquier otro trabajo que haya sido publicado después de 1870. Es muy conveniente, pues, estudiar los escritos clásicos y traducir sus resultados en lenguaje

(*) Artículo aparecido en la revista *The Manchester School of Economic and Social Studies*, enero, 1958.

Traducción efectuada por JAVIER IRASTORZA REVUELTA.

(1) "Economic Development with Unlimited Supplies of Labour". *The Manchester School*, mayo, 1954. Traducción publicada en este mismo volumen y sección.

moderno (2). Además, es ya hora de que los autores clásicos tengan un tratamiento adecuado. Porque los economistas de los últimos cincuenta años los han juzgado desde el punto de vista del análisis neoclásico, atribuyéndoles inteligentes anticipaciones de la teoría neoclásica del valor (como si ellos fueran sobre todo teóricos del valor y como si los supuestos neoclásicos pudieran aplicarse en su tiempo), y no teniendo en cuenta otros aspectos, especialmente la teoría del desarrollo en la que estaban sobre todo interesados (3). De aquí que sea muy oportuno estudiar a los clásicos dentro del contexto al que ellos pertenecían, tanto desde el punto de vista de la justicia como del de la utilidad.

Puesto que los principales elementos del modelo clásico de desarrollo fueron establecidos en el artículo al que me he referido antes, comenzaré con una recapitulación muy breve. El modelo puede ser traducido en términos modernos aplicando la Ley de Rendimientos Decrecientes en su versión moderna. En la Fig. 1 se mide la can-

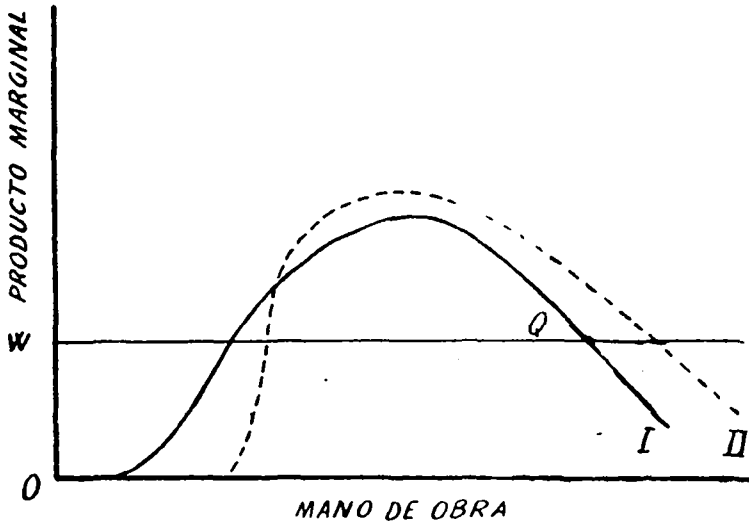


Fig. 1.^a

(2) La Economía Política Clásica se enseña y se estudia en el Japón con la misma amplitud que la economía neoclásica. El Asia Meridional se encuentra, sin embargo, todavía bajo el predominio del sistema neoclásico.

(3) El último ejemplo de este tergiversado tratamiento se encuentra en *History of Economic Analysis*, de J. A. SCHUMPETER.

tividad de trabajo en el eje de abscisas; y la productividad marginal del trabajo en el de ordenadas. La curva I muestra el producto marginal del trabajo con una cantidad dada de capital. Si el salario es OW, el empleo será WQ, bajo el supuesto de que el excedente sobre los salarios sea positivo (el área comprendida debajo de la curva I hasta Q, menos el rectángulo OQ). El hecho de que no exista capital suficiente para proporcionar empleo a todo el mundo constituye una distinción esencial entre este modelo y el análisis neoclásico.

El sistema es dinámico. Puesto que tiene lugar algún volumen de ahorro, el capital aumentará. Así la curva de productividad marginal se trasladará hacia la derecha tomando, por ejemplo, la posición II, y el empleo se incrementará continuamente.

Mi artículo anterior estudió con algún detalle las fuentes de las que el trabajo fluye hacia el empleo capitalista. Los economistas clásicos señalan primero el crecimiento de la población, pero existen otras muchas fuentes, que pueden citarse (como campesinos, industria casera, mano de obra eventual, pequeño comercio, servicio doméstico y viudas e hijas en los hogares), que forman parte del mercado de trabajo (4). Debe observarse que el crecimiento de la población incluye la inmigración, que ha constituido una importante fuente de expansión en varios países (5). Aparte del crecimiento

(4) La mayoría de los países en las primeras etapas del desarrollo económico no tienen una economía, sino dos —una economía de salarios elevados (minas, plantaciones, fábricas, transporte en gran escala, etc.) y una economía de ingresos bajos (agricultura familiar, trabajadores empleados en la artesanía, servicio doméstico, pequeños comerciantes, trabajadores eventuales, etc.)—. A medida que tiene lugar el desarrollo, la mano de obra se transfiere de la segunda economía a la primera. Reviste poca importancia el hecho de que las personas que abandonan la segunda economía se hayan encontrado en situación de "paro encubierto", o que su producto marginal haya sido cero, negativo o simplemente pequeño. Lo que requiere el análisis es que la oferta que desee trasladarse al tipo de salario corriente exceda con mucho a la demanda.

(5) El modelo puede emplearse para el análisis regional, donde una parte de un país (tal como una ciudad o provincia) está desarrollándose en relación con el resto de dicho país. Puesto que la producción se determina por factores técnicos solamente y no por una valoración competitiva, el análisis no puede aplicarse a la empresa, o a cualquier otro sector de una economía para el cual la oferta del capital se supone también perfectamente elástica. De la misma ma-

de la población, los economistas clásicos tenían en cuenta la transferencia de mano de obra desde el empleo "productivo" al "improductivo". Importa comenzar analizando esta distinción.

I. MANO DE OBRA PRODUCTIVA E IMPRODUCTIVA

De acuerdo con la distinción formulada por Adam Smith, la mano de obra productiva se caracteriza por dos elementos. Primero, su producción consiste en bienes de consumo y excluye los servicios (6). Segundo, la mano de obra productiva produce un excedente sobre los salarios y proporciona, por tanto, un producto medio superior al realizado por la mano de obra improductiva. La distinción se formuló y empleó solamente con el fin de analizar la acumulación de capital (7). Los bienes de consumo se producían mediante un proceso indirecto, que implicaba tiempo, de forma que el número de trabajadores productivos no podía ampliarse sin la existencia de ahorro (8). Dado el ahorro, podría transferirse alguna cantidad de mano de obra desde el sector de servicios con el fin

nera, si el valor del producto de la región está determinado por la competencia extra-regional, el análisis tiene que ser modificado para tener en cuenta esta circunstancia. Ver Parte II de mi artículo anterior. (Loc. cit.)

(6) Estrictamente hablando, SMITH distingue entre bienes y servicios. Pero parece que él quería llegar a nuestra distinción moderna entre bienes de consumo y otra producción, que encaja mucho mejor dentro de su análisis.

(7) Los economistas neoclásicos han atacado la distinción desde el punto de vista de la teoría del valor, pero puesto que la distinción no se formuló para el estudio de dicha teoría, el ataque es irrelevante.

(8) Encontramos difícil seguir el análisis clásico de la formación de capital porque ellos se concentraron sobre la necesidad de financiar el período entre "el labrado y la siega", que a nosotros nos parece un problema relativamente sencillo. Podemos comprenderlos mejor suponiendo una ampliación de este período de meses a varios años, con lo cual los recuerdos de BOHM-BAWERK nos hacen sentirnos más en nuestra casa. Otra dificultad es que, mientras para los clásicos los bienes de consumo eran producidos por procesos capitalistas, nosotros debemos distinguir con mucha frecuencia un sector productor de bienes de consumo y un sector productor de bienes capital. Esta forma de pensar tuvo su origen en MARX, quien, siguiendo el análisis de RICARDO sobre el problema presentado por la maquinaria, prestó mucha atención a la tajante distinción entre capital fijo y capital circulante.

de producir más bienes de consumo. Este incremento en la producción de bienes de consumo permitiría a la sociedad soportar una población mayor. El aumento del excedente, consecuencia del aumento del número de trabajadores productivos, haría posible también un mayor ahorro. De esta forma podría registrarse una mayor expansión, y así según una cadena continua.

Debemos estudiar la importación atribuida a los bienes de consumo, y también la noción de excedente.

(a) *La importancia de los bienes de consumo (wage goods)*

Los economistas clásicos enfocaron el análisis de la acumulación por el camino del consumo de bienes de consumo. Dividieron a los consumidores en tres clases: (1) capitalistas y terratenientes, (2) productores de servicios y bienes de lujo, y (3) productores de bienes de consumo. En un sentido más amplio, el consumo de los productores de bienes que no son de consumo constituía una parte del consumo de los capitalistas y terratenientes, puesto que consideraban a la clase (2) como si fuera mantenida por la clase (1) para sus distracciones, etc., con fondos procedentes del excedente obtenido por la clase (3). Así, cuando hablaban del ahorro de los capitalistas se referían, algunas veces, a la reducción de su consumo personal de bienes de consumo, pero con más frecuencia se referían simplemente a la tenencia de menos servidores, pudiendo reducirse de esta forma la cifra de los mantenidos en la clase (2).

Para nuestros propósitos es conveniente añadir otra clase, a saber: las personas que llevan a cabo la producción de bienes de capital. Tenemos, pues, cuatro clases de consumidores de bienes de consumo.

- (1) Capitalistas y terratenientes.
- (2) Productores de servicios y bienes de lujo.
- (3) Productores de bienes de capital.
- (4) Productores de bienes de consumo.

Las tres primeras clases son mantenidas con el excedente producido por la cuarta sobre su propio consumo.

El problema es aumentar el número de la clase (3), los productores de bienes capital. Esto puede realizarse según una de las dos formas siguientes. O bien, debe disminuir el consumo de una de las otras tres clases. O bien, debe aumentar la producción de bienes de consumo, y el aumento de la clase (3) debe financiarse con este incremento de la producción de bienes de consumo.

Estas son proposiciones relativamente obvias, pero han sido desestimadas recientemente por los ejecutores de la política económica. El enfoque clásico de la formación de capital por el camino del consumo de bienes de consumo tiene el mérito de reducir el problema a sus términos más simples.

La tentación para desestimar la primera proposición—si la producción de bienes de consumo está dada, la formación de capital no puede aumentarse sin reducir el consumo de alguien—es muy fuerte en aquellos países superpoblados en que existe un exceso de mano de obra en las fincas agrícolas familiares (en el sentido de que si una parte de la mano de obra dejara la finca agrícola para trabajar en proyectos de inversión, la producción de productos agrícolas no se reduciría significativamente). La transferencia puede llevarse a cabo sin alterar el consumo, si los agricultores van a trabajar en proyectos de Desarrollo de Comunidades sin percibir pago alguno; cualquier persona puede producir más bienes capital para sí mismo sin consumir más bienes de consumo, si así lo desea. Pero cuando el exceso de trabajadores tiene que ser pagado para trabajar en proyectos de inversión, la demanda de bienes de consumo aumenta, en parte, debido a que los trabajadores no aceptarán el nuevo empleo, a no ser que perciban más ingreso del que conseguirían si permanecieran en el campo, y, en parte, debido a que la familia que continúa en su hogar tiene un consumo "per capita" mayor.

Por consiguiente, incluso cuando existe exceso de mano de obra, si la producción de bienes de consumo es fija, el empleo de más gente en proyectos de inversión significa disminución de consumo por parte de alguien en alguna parte. El empresario (llámesele el gobierno por conveniencia, puesto que en estos casos la mayoría de las veces se trata del gobierno) tiene que encontrar un fondo de "ahorro" en alguna parte para financiar la formación adicional de capital.

Primero, observemos que, si se obtiene dicho fondo haciendo tributar a los capitalistas o terratenientes, esto no dará como resultado probablemente una reducción de su consumo personal de bienes de consumo, sino que reducirá su empleo de otros trabajadores, bien de la clase (2) de servicios y bienes de lujo, bien de la clase (3) ocupados en la formación de capital. En cualquiera de dichos casos, un ejemplo mayor llevado a cabo por el gobierno se ve compensado por un empleo igual menor por parte de los capitalistas y terratenientes. En último término, empero, el empleo aumenta en el primer caso, puesto que el incremento del volumen de capital fijo en existencia permitiría un mayor empleo y una mayor renta nacional.

Segundo, analicemos qué magnitud debe tener el fondo de ahorro. Depende, en parte, del grado en que el consumo de la familia en el campo disminuya cuando sus miembros emigren de la misma. Supongamos que para emplear un hombre se requieren 100 unidades de bienes de consumo, y que su emigración del campo libera 30 unidades. Entonces, si el gobierno puede apropiarse las 30 unidades liberadas, necesita encontrar solamente 70 en cualquier otra parte. Si realmente encuentra 100, entonces el empleo total resultante aumenta hasta el equivalente de:

$$100 + 30 + 9 + 2,7 + 0,81 \dots = 142,9$$

Este es el concepto que Vakil y Brahmanand han denominado "el multiplicador de consumo" (9). El concepto tiene validez teórica, pero su utilidad práctica es dudosa. Puesto que no es probable que el gobierno pueda apropiarse de las 30 unidades que se suponen liberadas, los autores tienen razón cuando formulan la proposición en términos de un multiplicador más que en términos de una reducción de la suma que el gobierno debe encontrar en cualquier otro sitio. Por otra parte, el supuesto de que se libera-

(9) Cfs. N. VAKIL y P. R. BRAHMANAND, *Planing for an Expandig Economy*. Bombay, 1956. Los autores han escrito un inteligente tratado, que esencialmente trata de rehabilitar una gran parte del sistema clásico con vistas a su aplicación a países con exceso de mano de obra. El concepto mencionado aquí tuvo su origen, sin embargo, en NURKSE (op. cit.), quien creyó no valía la pena asignarle una denominación concreta.

rán 30 unidades, y se utilizaran por la familia agrícola en formas que aumenten el empleo fuera de la agricultura, parece asimismo improbable. Porque, en la práctica, la emigración de un miembro de la familia no reduce, bajo estas circunstancias de extrema pobreza, el consumo de bienes de consumo en la finca agrícola. No solamente el resto de la familia consume lo que ha dejado detrás de sí el emigrado, sino que, en general, esperan también que éste envíe alguna parte de su salario, de forma que pueden consumir marginalmente incluso más de lo que consumían antes (10).

Hasta aquí lo que se refiere a la formación de capital, dada la producción de bienes de consumo. La otra proposición—si es difícil reducir el consumo de cualquier clase, un aumento de la formación de capital requiere un aumento de la producción de bienes de consumo—ha sido también desestimada. Así, los economistas de Rusia, China, Europa Oriental, India y otros países han discutido la cuestión siguiente: “¿Debemos concentrarnos sobre la producción de bienes capital primero, y de bienes de consumo después, o debe ser inverso dicho orden?”. Nuestro esquema nos permite asimismo responder la cuestión. Podemos situar en primer lugar a los bienes capital solamente bajo el supuesto de que puede reducirse el consumo de alguien. Si no se cumple dicho supuesto, la formación de capital sólo puede incrementarse aumentando simultáneamente la producción de bienes de consumo. De aquí que en un país pobre, donde es difícil reducir el consumo, la condición necesaria para incrementar la formación de capital sea aumentar la producción de bienes de consumo con el fin de proporcionar un excedente “extra” que pueda reservarse para la formación de capital (11). ¿No es curioso que sean los ejecutores de la política

(10) Sin embargo, el multiplicador en ningún caso tiene un valor inferior a la unidad, ya que los envíos de dinero reducen el propio consumo del trabajador.

(11) VAKIL y BRAHMANAND (loc. cit.) utilizan este argumento para condenar de una forma general la tendencia de la planificación de la India. Sus críticas me parecen muy exageradas. Los planificadores indios han demostrado conocer la cuestión al resaltar con fuerza el aumento de la productividad agrícola y planear el incremento de la producción de industrias caseras. Es dudoso que la oferta de bienes de consumo se equilibre con la demanda, pero si no llega a registrarse dicho equilibrio, la razón será el gran optimismo de los planificadores, más

Marxista, a los que suponemos formados en la tradición clásica, quienes han desestimado con más frecuencia esta proposición?

b) *La mayor productividad del sector capitalista*

El segundo elemento que distingue la mano de obra productiva de la improductiva es que la primera produce un excedente, de forma que una transferencia de trabajadores de los sectores improductivos a los productivos aumenta la renta nacional, incrementa el excedente total sobre los salarios, y hace posible, por tanto, una expansión adicional. Adam Smith ligó lo anterior a la distinción entre bienes de consumo y el resto de la producción, pero el lazo no es muy importante. Así Malthus explicó que, desde el punto de vista del excedente, el que los trabajadores produzcan bienes no es significativo; y creía que la terminología podía ser mejorada:

“Si no limitamos la riqueza a los objetos tangibles y materiales, podríamos llamar productiva a toda la mano de obra, pero productiva en diferentes grados; y el único cambio adecuado en la obra de Adam Smith debido a esta forma de considerar la cuestión, sería la sustitución de los términos productiva e improductiva por otros tales como más productiva y menos productiva.

Toda la mano de obra, por ejemplo, podría llamarse productiva del valor equivalente a la suma de valor con que se la ha remunerado, y en proporción al grado en que el producto de las diferentes clases de mano de obra, cuando se venda al precio de libre competencia, exceda en valor al precio de la mano de obra empleada para producirlo” (12).

La distinción depende aquí, pues, del excedente que un trabajador produce sobre sus propios salarios. Este excedente consta

que su descuido en reconocer la expansión de la producción de bienes de consumo. Los autores también exponen un razonamiento para producir los bienes de consumo necesarios con máquinas, en vez de con mano de obra en exceso, pero esta es una cuestión diferente, que abordaremos en la parte de este artículo dedicada al paro tecnológico.

(12) T. R. MALTHUS, *Principles of Political Economy*, pág. 38.

de beneficio y de renta de la tierra; va a parar a los capitalistas y terratenientes porque el productor trabaja con medios de producción que no son de su propiedad, para producir un bien (o servicio) que se vende con el fin de conseguir un beneficio. Esto, a su vez, nos da la definición del sector capitalista de una economía, tal como se utiliza en este modelo: el sector capitalista es aquel en que la mano de obra se emplea a cambio de un salario con el fin de conseguir un beneficio. Se excluye la mano de obra remunerada con salarios sin ninguna intención de reventa (por ejemplo, el servicio doméstico en el hogar, diferente de los servicios de limpieza de las oficinas), así como toda la mano de obra que no se emplea a cambio de salario, bien trabaje con capital o no (por ejemplo, campesinos). El sector no capitalista incluye, por consiguiente, algunos empleados y también los autoempleados.

El producto medio de un trabajador en el sector capitalista es mayor que el de un trabajador fuera de este sector porque reproduce los salarios *más un excedente*. Esta idea se encuentra en todos los autores clásicos. El excedente existe porque el trabajador en este sector trabaja con capital; o si el sector de los autoempleados utiliza también capital, el excedente existe porque el sector capitalista utiliza más capital "per capita" aún (13). La productividad debe ser más alta en el sector capitalista porque no se ofrecerá empleo a no ser que exista un excedente sobre los salarios, y no será aceptado a no ser que los salarios sean al menos tan altos como el producto medio del sector de los autoempleados, que es lo que el trabajador podría ganar de otra forma (14).

Por consiguiente, este aspecto de la distinción entre trabajadores productivos e improductivos puede ser reformulado en len-

(13) Si algunos de los autoempleados alquilan capital, pagando un interés por él, se encuentran realmente dentro del sector capitalista. Ver mi artículo anterior, loc. cit.

(14) El servicio doméstico puede también utilizar capital, por ejemplo, aspiradoras, pero el excedente físico que su empleo proporciona a sus patronos (y que es la única razón que justifica su empleo) no se considera en este contexto, ya que no es vendible ni puede utilizarse para procurar empleo a alguien más, como ocurre con el excedente que va a parar a la agencia de la limpieza que ofrece en alquiler los servicios de las aspiradoras. Los estadísticos de la renta nacional ignoran asimismo los excedentes físicos.

guaje moderno como sigue: En las primeras etapas del desarrollo económico no existe suficiente capital para procurar empleo a todo el mundo en el sector capitalista. Incluso si los productos marginales fueran los mismos (15), el producto medio de la mano de obra sería aún más elevado en el sector capitalista que fuera de él. La acumulación de capital hace posible aumentar la relación entre los trabajadores dentro del sector capitalista y los trabajadores fuera del mismo, y eleva así la renta nacional.

En este modelo la fuerza dinámica es la acumulación capitalista, que da lugar a la expansión del empleo capitalista. Este no es el único modelo teórico posible de crecimiento. Podría darse un modelo en el que la fuerza dinámica se localizara en el sector autoempleado. Por ejemplo, el crecimiento podría ser debido a la expansión de la agricultura de tipo campesino. Esta puede llegar a ser más productiva por varias razones: nuevos cultivos, mejores semillas, nuevos mercados, carreteras, abastecimiento de aguas, etcétera, hacen más ricos a los campesinos. Así, en una economía que posee tierra abundante, pero pocos capitalistas, la agricultura campesina podría expandirse con mayor rapidez que el empleo capitalista. En la práctica, esto no es muy probable. Si los campesinos se están enriqueciendo, demandarán cada vez mayor cantidad de bienes y servicios no agrícolas de aquellos que sean producidos con mayor eficiencia sobre una base capitalista, bien como ayuda a su producción (por ejemplo, servicios de transportes), bien para su consumo personal. Por consiguiente la prosperidad de la agricultura campesina dará lugar a una expansión del sector capitalista (16). Históricamente, en los países en fase de desarrollo, el

(15) En situación de competencia perfecta, el producto marginal de los trabajadores dentro y fuera del sector capitalista sería el mismo. En mi artículo anterior (loc. cit.) he explicado por qué esto no tiene lugar en la práctica. Debido a la existencia de una diferencia, una transferencia de trabajadores al sector capitalista incrementaría la renta nacional incluso sin registrarse ningún aumento de capital.

(16) Sin embargo, no se expandirá a tipos de salarios reales constantes, a no ser que las relaciones reales de intercambio relativas a los bienes se alteren a su favor. Ver más abajo Parte III, sección c). El argumento anterior muestra que la prosperidad campesina da lugar a la expansión del empleo capitalista para abastecer el mercado nacional; pero al mismo tiempo puede dar lugar a

empleo capitalista se ha dilatado en todas partes con relación a la agricultura campesina, y esta expansión relativa, como hemos visto, debe aumentar la renta nacional, puesto que si se expande el sector capitalista, la productividad será más elevada dentro de dicho sector que fuera de él.

Por tanto, cualquiera que puedan ser los aspectos productivo y dinámico del sector autoempleado de la economía, la expansión del sector capitalista en relación con el resto de dicha economía constituye una parte importante del proceso de crecimiento económico. El hecho de que este modelo se concentre sobre el análisis de la expansión capitalista no debe dar a entender que desestime la forma en que los campesinos pueden enriquecerse (17).

II. PARO TECNOLÓGICO

En tanto en cuanto se disponga de mano de obra en forma ilimitada a un salario constante, la acumulación de capital debe aumentar el empleo, puesto que no es rentable utilizar capital como un sustituto de la mano de obra. Lo anterior se deduce de la Ley de Rendimientos Decrecientes: el capital adicional debe ser más rentable cuando se encuentra combinado con trabajo adicional que cuando, simplemente, se añade al capital existente con la misma cantidad de mano de obra.

El cambio tecnológico, por otra parte, puede aumentar, reducir o dejar inalterada la demanda de mano de obra para una cantidad dada de capital. Las formulaciones clásica y neoclásica de esta proposición no son totalmente iguales. En la neoclásica los salarios *relativos* se mantienen constantes, y, suponiendo que las curvas isocuantas cumplen las condiciones de rendimientos constantes a escala, podemos observar a lo largo de "la recta de Engel"

un empleo capitalista que haga disminuir otros propósitos (por ejemplo, la exportación). Aunque no es probable, es teóricamente posible que el resultado sea una reducción del empleo capitalista.

(17) No valdría la pena decir esto si una recensión de mi libro *The Theory of Economic Growth* no hubiese dado a entender lo contrario, a pesar de que en él me ocupo ampliamente de cómo se enriquecen los campesinos.

el empleo correspondiente a cada volumen de capital. El cambio tecnológico altera las curvas isocuantas, y nos da así una nueva línea de Engel que puede estar situada a la derecha o a la izquierda de la anterior. Si coincide con ella, la innovación puede decirse que ha sido neutral para la mano de obra y para el capital. Si se sitúa a la izquierda, la innovación tiende a favorecer al capital, y el pleno empleo solamente puede mantenerse disminuyendo los

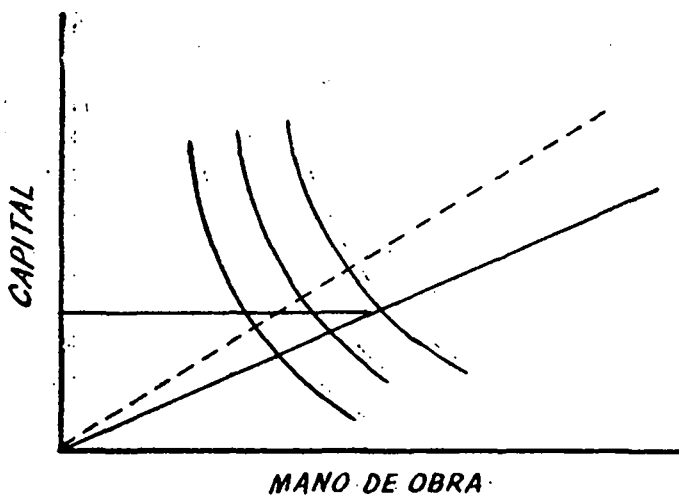


Fig. 2.

salarios relativos: los salarios absolutos pueden, empero, incluso aumentar puesto que la innovación puede haber dado lugar a un aumento de la renta nacional.

En el sistema clásico, por otra parte, es el nivel absoluto de salarios el que permanece constante. La innovación debe reducir el tipo de salario en relación con el rendimiento del capital, puesto que no será adoptada a no ser que incremente dicho rendimiento. Por tanto, debe registrarse un aumento del excedente absoluto sobre los salarios, pero el empleo puede aumentar, disminuir, o permanecer inalterado como consecuencia de la mencionada innovación; e incluso la renta nacional, en conjunto, puede aumentar, disminuir o permanecer constante.

Ricardo expuso lo anterior correctamente (18) y aunque fué criticado por McCulloch (19) por hacer esta concesión a los enemigos del capitalismo, mantuvo su postura. J. S. Mill estaba de acuerdo con él (20).

El mismo problema puede formularse de otra manera: ¿debe emplearse el capital donde sea marginalmente más provechoso, o dónde la relación capital/producto sea marginalmente la más baja? Este problema no se plantea en el modelo neoclásico; puesto que en dicho modelo la cantidad de mano de obra es fija, la producción se hace máxima maximizando el rendimiento del capital. Pero en un sistema en que el volumen de empleo es variable, la utilización más provechosa del capital no necesita ser aquella que maximice la producción o el empleo. Adam Smith se inquietó por esta diferencia al igual que muchos autores modernos y dedicó el capítulo V del libro II a la cuestión. Malthus también la tocó en el pasaje ya citado. Ricardo respondió que lo que importa no es maximizar la producción, sino maximizar el excedente sobre los salarios (21).

Esta fué la misma respuesta que él y Mill dieron al problema del paro tecnológico. Afirmaron que el cambio tecnológico debe ser favorable a largo plazo al empleo, incluso aunque pueda reducirlo temporalmente. Se debe esto a que la innovación o aumenta el valor absoluto del excedente sobre los salarios, o no se adopta. Puesto que el excedente aumenta, la acumulación de capital se lleva a cabo con mayor rapidez y así el empleo aumenta también a un ritmo más rápido.

Tenemos, de esta forma, dos fuerzas actuando en diferentes direcciones: la acumulación de capital, que debe aumentar el empleo, y el cambio tecnológico, que puede algunas veces reducirle. No puede decirse *a priori* cuál de ellas debe prevalecer. *A posteriori* podemos ver que Ricardo tenía razón: incluso aunque el cambio tecnológico reduzca el empleo, la combinación de la acu-

(18) *Principles of Political Economy and Taxation*, Cap. XXXI, "Sobre la maquinaria".

(19) *Letters of Ricardo to Malthus*, E. Bonar, pág. 184.

(20) *Principles of Political Economy*, Vol. I, Libro I, Cap. VI.

(21) *Op. cit.*, Cap. XXVI. También *Notes on Malthus*, Ed. Sraffa, páginas 18-22.

mulación del capital y de la clase de cambio tecnológico que aumenta el empleo, provoca un enorme aumento de la demanda de mano de obra. Esta es la respuesta clásica a aquellos que quieren restringir la innovación con el fin de proteger al empleo.

La validez de esta respuesta, sin embargo, depende de varias condiciones. Primero, depende del supuesto de que es más importante hacer máxima la producción y el empleo a largo que a corto plazo. Esto, a su vez, depende, en parte, de la rapidez con que se acumule el capital, puesto que esta circunstancia determina cuál es el tiempo que incluye el corto plazo. Es más probable aceptar el objetivo de maximizar el excedente si los capitalistas utilizan la mayor parte del mismo para la acumulación de capital que si se utiliza para el consumo.

Segundo, está también sujeta al supuesto de que el tipo de acumulación depende, en primer lugar, del nivel de los beneficios, lo cual está suficientemente claro en un sistema capitalista puro, pero puede no estarlo en una economía dirigida. Por ejemplo, en un número cada vez mayor de países, el ahorro es financiado en alguna medida mediante impuestos sobre todas las clases de la economía. Si el ahorro es función no del beneficio sino de la renta nacional, entonces el tipo de acumulación se hace máximo maximizando no el beneficio, sino la renta nacional, y las innovaciones que reduzcan la renta nacional (o no logren aumentarla) al mismo tiempo que aumentan los beneficios, deben ser rechazadas.

Dado que la acumulación es función del beneficio, la aplicación de la tesis Ricardiana depende, en tercer lugar, del supuesto de que el mercado de capitales es perfecto. En otros términos: ha de demostrarse, primero, que el capital no es más provechoso empleándolo en alguna forma alternativa que explotando la innovación que implica el paro tecnológico. En una economía con un mercado perfecto, donde el capital fluye siempre hacia los empleos más provechosos, lo anterior se presupone pero las condiciones en el mundo real pueden ser diferentes.

Así, en la India, el gobierno emplea un gran volumen de formación de capital a tipos de interés bajos. El rendimiento real de los regadíos, empresas siderúrgicas, ferrocarriles y carreteras no acide según el interés ofrecido por los bonos del gobierno, o según los beneficios ingresados a precios que él fija. Los planificadores

de la India creen que el rendimiento social real sobre el capital utilizado en tales proyectos excede al rendimiento social real sobre el capital invertido en nuevas fábricas textiles algodonereras; puesto que, dado que existe un exceso de mano de obra en la industria casera, la inversión de capital en empresas textiles algodonereras no proporciona más productos de algodón que los que, de otra forma, estarían disponibles—simplemente reduce el empleo—. El rendimiento para los accionistas privados es, no obstante, superior en las empresas textiles algodonereras que en los préstamos al gobierno. Si los planificadores tienen razón, la renta nacional aumenta prohibiendo inversiones adicionales en las empresas textiles algodonereras ahora, y canalizando el ahorro hacia utilizaciones más productivas, hasta que el equilibrio de la demanda y de la oferta de las fuentes existentes de mano de obra de la industria casera haga que la productividad real de la nueva inversión en empresas textiles algodonereras sea mayor que la productividad marginal en otros sectores.

La única diferencia que la tesis de la acumulación supone para este razonamiento es la sustitución de la maximización del excedente sobre el consumo por la maximización de la renta nacional. En vez de decir que los planificadores de la India tienen razón si la productividad marginal social real del capital es mayor en otros sectores que en las industrias textiles algodonereras, debe afirmarse que ellos tienen razón, si el capital crea un excedente mayor en otros sectores que en las empresas textiles algodonereras. Por el contrario, si se desea probar que están equivocados, debe demostrarse que la inversión en las industrias algodonereras conduce a un mayor incremento del ahorro que el que reportarían los regadíos, empresas siderúrgicas u otros empleos alternativos del capital. Esto sus críticos no han ni siquiera intentado hacerlo (22).

(22) VAKIL y BRAHMANAND (loc. cit.) critican fuertemente la protección india al tejido casero basándose en que la producción en fábrica da lugar a un excedente de ahorro mayor que la producción casera. Pero no tienen en cuenta que la imperfección del mercado de capitales hace posible que el capital sea más provechoso empleado (en sentido real) en otros sectores, dando lugar a un ahorro potencial mayor y a un mayor volumen de ahorro que aquel que resultaría de los beneficios de la producción capitalista algodonerera.

III. EL TIPO DE BENEFICIO

(a) *La relación entre el beneficio y la acumulación.*

La expansión del sector capitalista no depende de que el ahorro constituya una parte de los beneficios o de otros ingresos. Si procede de los salarios, sueldos, rentas de las tierras o de los ingresos de los autoempleados, el sector capitalista se expandirá en tanto en cuanto dicho ahorro se canalice hacia la inversión en dicho sector.

La hipótesis de que la mayor parte del ahorro procede de los beneficios es relevante solamente bajo la condición de que se explique por qué la relación entre el ahorro y la renta nacional aumenta en la primera etapa del desarrollo económico. Para ello, no se necesita suponer que todo el ahorro procede de los beneficios; es necesario únicamente que la propensión marginal del ahorro sea mayor para los beneficios que para los otros ingresos. Entonces se deducirá que, cuando el sector capitalista se dilata, y los beneficios aumentan en relación con la renta nacional, la relación entre el ahorro y la renta nacional aumenta.

Es conveniente disponer de esta explicación del aumento de la proporción de ahorro que acompaña al crecimiento económico (23).

(23) Las estadísticas para los Estados Unidos no muestran un incremento significativo en el porcentaje de ahorro en los cuarenta años precedentes a la I Guerra Mundial. Esto puede ser debido a imperfecciones de las propias estadísticas, pero puede tener también otras explicaciones. Una es que puesto que el país se pobló con inmigrantes, que generalmente son frugales, la propensión al ahorro de los ingresos que no son beneficios puede haber sido superior a la registrada en cualquier otra parte; los agricultores en particular parece fueron muy frugales (los agricultores que emplean mano de obra se consideran como capitalistas en el sistema Ricardiano). Otra es que en un país que se ha desarrollado con mano de obra inmigrante el sector no capitalista puede haber sido muy reducido desde el principio; existen entonces pocas oportunidades para la expansión del sector capitalista en relación con la economía en su conjunto, de forma que los beneficios aumentan en relación con la renta nacional sólo si el margen de beneficio aumenta en el sector capitalista (ver más abajo, sección (b)). Una tercera explicación posible es que los salarios aumentaron rápidamente, de forma que los beneficios no lo hicieron tanto en relación con

Como afirmé en mi artículo anterior, las explicaciones contrarias no convencen: el ahorro no aumenta automáticamente con la renta por habitante; no es una función de la desigualdad en sí misma, la cual no es necesariamente superior en los países ricos que en los pobres; y clase por clase, no existe prueba alguna de que la frugalidad aumente durante períodos relevantes. La afirmación de que la propensión marginal al ahorro es mayor para los beneficios que para los otros ingresos constituye la mejor explicación a nuestra disposición de por qué el porcentaje de ahorro aumenta en la primera fase del desarrollo económico.

Además, el modelo explica no sólo por qué el porcentaje de ahorro aumenta en la primera fase del desarrollo, sino también por qué cesa de aumentar en la segunda fase, lo cual constituye un mérito más del mismo.

No todos los economistas clásicos afirman que el beneficio es la fuente del ahorro. Están de acuerdo en que un tipo alto de beneficio actúa como incentivo para el ahorro, pero esto es una cuestión diferente. Están de acuerdo en que el ahorro procede principalmente del excedente sobre los salarios, es decir, en su sistema procede de las rentas de la tierra y de los beneficios. Malthus afirmó que procede del beneficio, mientras que los terratenientes utilizan sus ingresos más bien para el consumo (24). En esto fué precedido por David Hume (25) y por William Spence (26), y fué seguido por Marx (27). Smith, Ricardo y J. S. Mill, sin embargo, silencian esta cuestión. Ricardo probablemente aceptó la versión Malthusiana. De cualquier modo, él tuvo tantas oportunidades para

la renta nacional como se hubiera registrado si los salarios hubieran permanecido constantes. Los salarios aumentaron en parte debido a que la productividad se elevó en las fuentes donde se reclutaba la mano de obra (Europa y también la agricultura nacional) (ver más abajo, sección (c)). Tuvo lugar asimismo una entrada de capital extranjero, que ayudó a elevar los salarios.

(24) *Op. cit.*, págs. 465-6.

(25) *Essays, Moral, Political and Literary*, Vol. I, Parte II, Essay IV, "Del interés".

(26) *Britain Independent of Commerce*, 1808, citado en M. Doss, *Political Economy and Capitalism*, pág. 51.

(27) *Capital*, Vol. I, Cap. XXIV, Sec. 3, "Separación de la plusvalía en capital e ingreso".

discutirla, y discutió tantas otras, que razonablemente puede concluirse de su silencio su deseo de aceptarla.

(b) *La primera fase del desarrollo.*

En tanto en cuanto se disponga de mano de obra en forma ilimitada a un tipo de salario real fijo, la participación de los beneficios en la renta nacional aumentará. Hay dos razones para ésto. Primera, la participación de los beneficios en el sector capitalista puede aumentar. Y, segunda, el sector capitalista se expandirá en relación con la renta nacional.

Hagamos notar, en primer lugar, que, en este sistema, el tipo de beneficio sobre el capital no puede disminuir. Como señaló Ricardo (28), a pesar de lo elevado que pueda ser el incremento del capital, siempre puede ser igualado por un aumento proporcional del empleo de la mano de obra. Con una técnica dada y una mano de obra ilimitada a salarios constantes, no tiene lugar ninguna "intensificación" del capital; solamente se hará más "extensivo". Consiguientemente, el tipo de beneficio sobre el capital es constante. Este fué el punto sobre el que Ricardo insistió continuamente a Malthus: el tipo de beneficio podría disminuir solamente si los salarios aumentaran. Ricardo creía que los rendimientos decrecientes de la tierra elevarían los salarios, pero estudiaremos esto en la sección (c).

Sin considerar los rendimientos decrecientes de la tierra, el tipo de beneficio sobre el capital no puede disminuir. Por el contrario, debe aumentar, porque todo el beneficio del progreso técnico va a parar al capital, permaneciendo constante el tipo de salario. De forma que el tipo de beneficio aumenta siempre, mientras que el tipo de salario permanece constante. Lo que suceda a la participación relativa de los beneficios depende, en parte, del efecto del progreso técnico sobre la demanda de mano de obra. La participación relativa en el sector capitalista será constante si el cambio tecnológico incrementa la demanda de mano de obra en la misma proporción

(28) *Principles of Political Economy and Taxation*, Ed. Saffra, Cap. XXI, página 289.

exactamente, cuando aumenta el tipo de beneficio; pero la participación relativa de los beneficios aumentará si el progreso técnico reduce la demanda de mano de obra o la deja inalterada, o la eleva insuficientemente. Aunque el cambio tecnológico debe elevar el tipo de beneficio en relación con el tipo de salario, no podemos decir *a priori* que la participación de los beneficios en el sector capitalista aumentará, y, por tanto, el porcentaje de ahorro. Pero, de acuerdo con lo que conocemos sobre las innovaciones, podemos deducir que no es improbable que, en conjunto, la participación de los beneficios en el sector capitalista aumente.

Cualquiera que pueda ser el efecto de la innovación, la participación de los beneficios en relación con la renta nacional debe aumentar por otra razón, a saber: la expansión del sector capitalista en relación con el resto. Esto puede no ser siempre importante. No lo será si no existe un gran sector no capitalista con el que empezar. Así, si el sector capitalista se expande atrayendo inmigrantes en un país vacío, dicho sector capitalista y la economía nacional virtualmente coinciden. Si se dispone de inmigrantes a un salario constante, el porcentaje de beneficios puede aumentar debido al cambio tecnológico, pero no debido a que el sector capitalista se amplíe en relación con la economía nacional. Incluso si el sector no capitalista es grande, el sector capitalista no se expandirá en relación con la totalidad de la economía, si el sector no capitalista crece al mismo ritmo. Esto no es probable, por las razones aducidas cuando estudiábamos la productividad superior del sector capitalista.

Por consiguiente, en tanto en cuanto se disponga de mano de obra a un tipo de salario constante, los beneficios aumentarán en relación con la renta nacional, a no ser que las innovaciones sean, en conjunto, altamente favorables para la demanda de mano de obra; la cuota de ahorro aumentará y el tipo de crecimiento de la renta nacional se acelerará.

(c) *El punto crítico.*

Esta aceleración debe continuar mientras aumente la participación de los beneficios en la renta nacional. Cualquier circunstancia que aumente los salarios en relación con los beneficios fre-

nará la velocidad a la que aumenta el tipo de beneficio sobre el capital; puede estabilizar la participación de los beneficios (y, por tanto, el tipo de crecimiento de la economía), o puede incluso hacer que disminuya dicha participación (como antes, lo que suceda a las participaciones relativas depende de lo que suceda al empleo así como a los tipos de salario y de beneficio).

Los beneficios pueden ser frenados por una de las tres siguientes razones: 1) los salarios pueden aumentar, o los beneficios disminuir, por razones exógenas no debidas a la expansión del sector capitalista mismo. 2) Las relaciones reales de intercambio pueden alterarse en contra del sector capitalista, debido a su expansión. O bien 1), o bien 2) pueden detener la expansión del sector capitalista incluso aunque exista un exceso disponible de mano de obra a los tipos corrientes de salario. Si ello no tiene lugar, la expansión hará que 3) la oferta de mano de obra venga a ser inelástica, debido a que la acumulación de capital se equilibra con la oferta de mano de obra.

1) *Factores exógenos.*—En esta categoría incluimos factores que en sí mismos no son consecuencia de la expansión del sector capitalista. Existen varias posibilidades, incluyendo los desastres naturales, tales como epidemias o terremotos. Consideremos tres ejemplos económicos.

Primero, los salarios reales pueden aumentar incluso aunque la oferta de mano de obra sea abundante. En el sistema clásico el nivel normal de salarios es el nivel de subsistencia al cual la clase trabajadora reproduce exactamente sus cifras. En Asia o en Africa el nivel mínimo viene establecido por la productividad de la agricultura en pequeña escala: los hombres no aceptarán empleo asalariado a no ser que el salario les suponga, al menos, tanto como consumirían si hubieran permanecido en el campo. En la práctica debe suponerles incluso más, quizás tanto como un cincuenta por ciento más; estableciéndose, de esta forma, el nivel mínimo de los salarios. Por otra parte, mientras la existencia de exceso de oferta permita a los capitalistas mantener el salario a este nivel, ello no quiere decir que deba permanecer necesariamente en dicho nivel. Porque pueden tener nociones morales que limiten el tipo de beneficio sobre el capital; por ejemplo, pueden pensar que sea adecua-

do un margen de beneficio de un 25 por 100 y pueden, por tanto, aumentar deliberadamente los salarios cuando se eleve la productividad. O pueden reaccionar de la misma manera bajo la presión del sindicato, o incluso frenar el crecimiento de los sindicatos. Así, las grandes empresas industriales del Japón pagan salarios dobles a los satisfechos por los pequeños empresarios industriales. Si los capitalistas proceden normalmente de esta manera, existirá una diferencia cada vez mayor entre los salarios que ellos pagan y el salario de subsistencia, al cual se dispone todavía de mano de obra en forma limitada. Lo anterior está de acuerdo con la proposición de Marx de que el tipo de explotación o plusvalía es constante (29), que equivale a decir que el tipo de salario aumenta al mismo ritmo que la productividad; en alguna otra parte afirma lo contrario—los salarios son constantes al nivel de subsistencia—pero puede haber tenido razón sin quererlo. En este caso, el aumento de los salarios no constituye un freno exógeno sino endógeno. Sin embargo, si suponemos que los salarios aumentan en proporción con la productividad, la expansión capitalista no se detendrá. Los beneficios constituirán una proporción constante de la renta en el sector capitalista. Los beneficios representarán una proporción creciente de la renta nacional si existe un sector no capitalista que no se desarrolle con tanta rapidez. Si no se registra esta circunstancia (por ejemplo, un país desarrollado mediante la inmigración para su empleo en el sector capitalista) los beneficios y el ahorro constituirán siempre un porcentaje constante de la renta nacional y el tipo de expansión capitalista no se acelerará (30).

(29) *Capital*, Libro III, Cap. XIII, "La teoría de la ley" (de la tendencia decreciente del tipo de beneficio). Existen "causas neutralizadoras" en el Capítulo XIV, pero la disponibilidad de mano de obra a un tipo de salario constante, que es tan importante para el resto de su sistema, y que es inconsistente con el Cap. XIII, no se menciona aquí.

(30) El comportamiento de los salarios durante la revolución industrial británica es contradictorio. Incluso los autores contemporáneos no están de acuerdo entre sí. El profesor T. S. ASHTON sugiere que debemos pensar en términos de dos grupos de trabajadores: los que se benefician de la expansión del empleo en las fábricas y los que se benefician ("masa de trabajadores no cualificados o poco cualificados, en particular trabajadores agrícolas empleados estacionalmente y tejedores con telares manuales"). No hay duda que el primer grupo aumentó con relación al segundo. Puesto que el tipo de salario fué más

Alternativamente, los salarios pueden aumentar de una forma exógena debido a que la fuente de la que se obtiene la mano de obra está registrando un aumento de la productividad. Así, si la mano de obra proviene del extranjero mediante la inmigración, de países donde los salarios están aumentando, los salarios tendrán que aumentar también en el país o el tipo de expansión será frenado. Malaya no tendrá que pagar salarios crecientes a los chinos por esta razón, pero Norteamérica quizás haya tenido que pagar salarios crecientes a los inmigrantes europeos. Análogamente, si la mano de obra es reclutada de la agricultura campesina, donde la productividad está aumentando, puede ser necesario pagar salarios más elevados. Esto depende, en parte, de que el sector capitalista y el sector campesino mantengan intercambio mutuo. Si no lo mantienen, la creciente productividad del sector campesino forzaría a aumentar los salarios en el sector capitalista. Sin embargo, si lo mantienen, la creciente productividad puede, en cierta medida, ser compensada por el empeoramiento de las relaciones reales de intercambio, incluso hasta el punto que los salarios considerados, no en términos de bienes de consumo en general, sino en términos de los bienes producidos en el sector capitalista, pueden realmente ser reducidos, porque las relaciones reales de intercambio tienden a favorecer al sector capitalista.

Un aumento de los salarios reales frena el ritmo de aumento del beneficio, pero no detiene necesariamente la expansión. No frenará incluso la aceleración del crecimiento, si la productividad aumenta más aprisa que los salarios. Puede haber casos, en el mundo real, en que el sector capitalista de un país cese de expandirse debido a un aumento exógeno de los salarios, pero seguramente no

elevado en el sector capitalista que fuera de él, esta transferencia de trabajadores hacia el sector capitalista aumentaría automáticamente el nivel "medio" de vida de los trabajadores en la economía en su conjunto, incluso aunque el salario real en el sector capitalista permaneciera constante. Ver "El nivel de vida de los trabajadores en Inglaterra, 1790-1830", en *Capitalism and the Historians*, Ed. F. A. Hayek. La cuestión de si los salarios reales aumentaron en el sector capitalista durante la primera mitad del siglo XIX no se ha resuelto aún. Parece que, teniendo en cuenta la inmigración irlandesa y la disminución del tipo de mortalidad, el capital no se equilibró con la oferta de mano de obra hasta la segunda mitad de dicho siglo.

serán muchos. Por otra parte, esto está teniendo lugar siempre en la expansión de ciudades o regiones dentro de un país, en que la expansión del empleo en un lugar, en relación con el resto de la economía, se ve detenida porque el desarrollo en cualesquiera otras partes aumenta los salarios y reduce la mano de obra.

2) *Las relaciones reales de intercambio.*—Los beneficios pueden ser frenados porque la expansión del sector capitalista hace que las relaciones reales de intercambio empeoren para dicho sector. En estos casos, los salarios reales permanecen constantes, en términos del poder de compra sobre los bienes de consumo en general, pero los beneficios disminuyen porque tiene que ser cedido un volumen mayor del producto capitalista a y por los trabajadores con el fin de adquirir una cantidad constante de bienes de consumo.

Todos los economistas clásicos predijeron este destino del capitalismo, porque creían que los rendimientos decrecientes de la agricultura harían que las relaciones reales de intercambio se alteraran en favor de los terratenientes. A. Smith había afirmado lo contrario. En su sistema hay algo más que una mejora técnica adecuada de la agricultura, y las rentas de la tierra disminuyen constantemente con relación a la renta nacional (31). Hasta ahora se ha probado que Smith tiene razón y los seguidores de Ricardo no la tienen en aquellos países donde la agricultura se encuentra sobre una base capitalista.

La posición es bastante diferente, sin embargo, en los países donde la agricultura se encuentra sobre una base campesina. Sabemos que la productividad puede aumentar fuertemente en dicha agricultura si se llevan a cabo trabajos de investigación sobre los problemas campesinos y si se pone en marcha un sistema de extensión agrícola, un sistema de crédito agrícola, carreteras, abastecimiento de agua, etc., sobre una base adecuada. Sabemos también, empero, que la agricultura campesina tiene tendencia a estacionarse en ausencia de dichas medidas, y también que éstas se han adoptado en relativamente pocos países. Si el sector capitalista mantiene intercambio con el sector campesino (por ejemplo, depende de él

(31) *The Wealth of Nations*, Ed. Modern Library, Libro II, Cap. III, página 318.

en lo que se refiere a alimentos, materias primas y, por tanto, mercados) su continua expansión se ve amenazada si el sector campesino se estaciona, puesto que esto alteraría las relaciones reales de intercambio en contra del sector capitalista. En la práctica, el fallo de la agricultura campesina en lo que se refiere al aumento de su productividad ha constituido probablemente la principal razón por la que la expansión del sector industrial no ha sido importante en la mayoría de los países subdesarrollados del mundo.

Si la agricultura no consigue desarrollarse, la industria capitalista puede, no obstante, continuar su expansión si puede recurrir al comercio exterior. La expansión de la industria conduce entonces a importaciones continuamente crecientes de alimentos y materias primas, equilibradas por las exportaciones de manufacturas. Esto, sin embargo, depende de la habilidad de los industriales para introducirse en mercados extranjeros. Si no son competidores eficientes en el comercio exterior las relaciones reales de intercambio empeorarán para ellos; en este caso, la expansión de la industria nacional ha de frenarse hasta el ritmo que pueda soportar la expansión del comercio exterior (32).

Un movimiento adverso de las relaciones reales de intercambio se debe a un "crecimiento no equilibrado" de los diversos sectores de la economía, lo cual puede tener lugar en cualquier fase del desarrollo económico, al comienzo, a mediados o después de un siglo de rápido progreso. Constituye probablemente la principal razón por la que solamente unos pocos países han registrado un progreso sustancial.

3) *Agotamiento del exceso de mano de obra.*—Es posible para el sector capitalista cesar su expansión mucho antes de que el exceso de mano de obra se agote. Los salarios pueden aumentar, debido a razones exógenas, más aprisa que la productividad, de forma que la expansión se vea frenada incluso aunque exista un exceso de oferta de mano de obra al tipo del mercado. Análogamente, los beneficios pueden disminuir con relación a los salarios, debido a la

(32) Para un análisis más detenido de este fenómeno, ver mi artículo "International Competition in Manufactures", *American Economic Review*, mayo, 1957.

existencia de relaciones reales de intercambio adversas aunque exista una oferta de mano de obra perfectamente elástica a un tipo de salario constante en términos de su poder de compra de bienes de consumo. El sistema puede, sin embargo, esquivar cualquiera de estas posibilidades. En ese caso el sector capitalista se expandirá hasta que la acumulación de capital se equilibre con la oferta de mano de obra; a partir de entonces hemos alcanzado una nueva fase del desarrollo económico.

Si el sector capitalista se expande con la suficiente rapidez, debe, más tarde o más temprano, abarcar la totalidad de la economía; y los salarios comenzarán a aumentar mucho antes de que esto suceda (33). A. Smith reconoció que el capital podía equilibrarse con la oferta de mano de obra, aumentando así los salarios (34). Malthus, Ricardo y los otros economistas clásicos negaron lo anterior, porque creían que el crecimiento de la población debía persistir con la acumulación. En este punto estaban equivocados. Los conocimientos médicos no eran en su época adecuados para reducir los tipos de mortalidad en Europa por debajo del 20 por 1.000 (Norteamérica parece haber disfrutado de mejor salud), de forma que la población no podía aumentar a un ritmo superior al 2 por 100 anual. Incluso hoy, los incrementos superiores a un 3 por 100 anual son muy excepcionales. Puesto que el capital puede aumentar a un tipo superior al 3 por 100 anual, no existe dificultad en que el exceso de mano de obra se agote con el tiempo.

Marx rechazó la teoría de Malthus sobre la población, pero creyó que existiría siempre un exceso de mano de obra. Reconoció que el capital podía equilibrarse con la oferta de mano de obra puesto que la acumulación, al contrario del cambio tecnológico, aumenta siempre el empleo si los salarios son constantes. Afirmó, sin embargo, que una vez alcanzado el límite de la oferta de mano de obra, la acumulación haría aumentar los salarios, lo cual provocaría la "intensificación" del capital, y de esa forma

(33) Cuando la población se traslada del sector no capitalista al capitalista, la presión se ve aliviada, el consumo real por habitante aumenta, y esto se manifiesta, antes o después, en un aumento del precio de oferta de la mano de obra, incluso aunque exista todavía un exceso de la misma.

(34) Op. cit., Libro I, Cap. VIII, págs. 68-70.

los salarios volverían a su nivel anterior de subsistencia (35). Esto constituye un error de la misma clase que el implícito en la siguiente afirmación: "Si la demanda aumenta, los precios se elevan; esto reducirá la demanda y, por tanto, los precios volverán a su nivel anterior." La intensificación y el aumento de los salarios no son sustitutivos entre sí; la primera tiene lugar solamente en la medida en que aumenten los salarios. Se puede comprender mejor a Marx ignorando este error y haciendo descansar su tesis sobre las invenciones técnicas negativas. Entonces, tan pronto como el capital se equilibra con la mano de obra, y comienzan a aumentar los salarios, los capitalistas se dirigen a la clase de innovación que reduce la demanda de mano de obra. No importa el ritmo con que pueda acumularse el capital; el razonamiento continúa válido. Los capitalistas pueden encontrar siempre suficientes innovaciones técnicas de tipo negativo para equilibrar la acumulación de capital y, asimismo, innovaciones que aumenten la demanda de mano de obra. Ahora bien, una tal afirmación es una afirmación de hecho, es decir, basada en la realidad. Marx no dió razón alguna de por qué lo anterior debería ser así. Sin embargo, prácticamente, la totalidad de su sistema se basa en su tesis sobre la naturaleza del progreso técnico —porque éste es el que mantiene los salarios al nivel de subsistencia, el que (cuando se ocupa de la cuestión del subconsumo) produce la desproporción entre el ahorro y el consumo, el que da lugar a un ejército en reserva de parados siempre creciente, el que aumenta la miseria de las clases trabajadoras y el que, en fin, provoca la revolución y el comunismo. Rara vez, tanto ha dependido de tan poco.

Donde Marx tenía razón era al señalar que, durante un cierto período de tiempo, el sector capitalista crea exceso de mano de obra invadiendo sectores sobre los que es superior, sobre todo eliminando trabajadores ocupados en la artesanía, y también reduciendo la necesidad de mano de obra en la agricultura —si la agricultura puede reorganizarse sobre una base capitalista—. Un corolario de lo anterior es que, desde el punto de vista de la expansión capitalista, incluso una economía precapitalista con tierra abundante es capaz de dar lugar a un exceso de mano de obra. Por ejemplo, en la mayor parte de África y Latinoamérica, la mano de obra está más o menos

(35) *Capital*, Vol. I, Cap. XXV.

empleada, puesto que no existe escasez de tierra cultivable. Sin embargo, podría crearse un exceso de mano de obra mediante la expansión de la producción capitalista a costa de formas precapitalistas de trabajos manuales, en las manufacturas, en la agricultura y en cualquier otro sector. Pero esta sustitución no puede tener lugar siempre. Antes o después, las formas precapitalistas son eliminadas todas y el exceso de mano de obra desaparece.

Una vez que el capital se equilibra con la mano de obra, la oferta de esta última deviene inelástica. Los países que tienen exceso de mano de obra no han alcanzado nunca esta etapa. Sus sectores capitalistas han empezado a ampliarse en uno o en otro período, pero su expansión ha sido hasta ahora frenada por un desarrollo no equilibrado, con una oferta todavía excesiva de mano de obra.

(d) *La segunda fase del desarrollo*

Cuando el capital se equilibra con la oferta de mano de obra, la economía entra en la segunda fase del desarrollo. No es aplicable ya la economía clásica; nos encontramos en el mundo de la economía neoclásica donde todos los factores de producción no son ya constantes cuando tiene lugar la acumulación; las ventajas de la mejora de la técnica no van a parar a los beneficios; y el margen de beneficio no aumenta necesariamente siempre (36).

Adam Smith parece ser el único economista que ha reconocido la existencia de dos fases diferentes del desarrollo económico, con dos series también diferentes de resultados. Marx reconoció que el capital debe, más tarde o más temprano, equilibrarse con la oferta

(36) Algunas economías precapitalistas, donde la tierra es abundante (por ejemplo, en Africa) tienen una similitud formal con las economías capitalistas que se encuentran en la segunda fase del desarrollo, en el sentido de que no registran exceso alguno de mano de obra. No obstante, puesto que dentro de estas economías podría desarrollarse un sector capitalista con tipos de salario constantes, eliminando sus sectores agrícola y de manufacturas en pequeña escala, y dando lugar así a un exceso de mano de obra, se considera que estas economías se encuentran más propiamente en una fase que precede a la primera fase de la expansión capitalista que en la segunda fase. En otras palabras, ADAM SMITH y KARL MARX aclaran mejor que WALRAS o PICOU cómo se desarrollan estas economías.

de mano de obra, pero esquivó el problema (37). Los economistas neoclásicos, a su vez, han ignorado la existencia de la primera fase; erróneamente han aplicado el análisis de la segunda fase a los problemas de la primera; y han echado a un lado bruscamente a los autores clásicos como si su modelo fuera una simple evasión de la realidad. El fracaso en comprender la distinción entre las dos fases del desarrollo constituye la principal razón por la que los historiadores del pensamiento económico han prestado tan poca atención a los autores clásicos.

Una vez alcanzada la segunda fase, ¿qué sucede con el tipo de beneficio, el ahorro, etc.? La economía clásica no trata este proble-

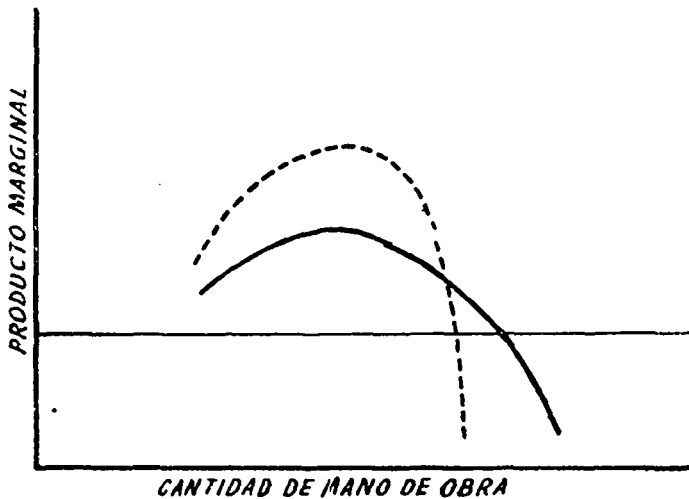


Fig. 3.^a

ma. Los autores neoclásicos han expuesto muchas teorías de la distribución (productividad marginal, oferta perfectamente elástica del capital, grado de monopolio, equilibrio keynesiano entre la inver-

(37) LENIN reconoció que existe más de una fase del capitalismo, pero su razonamiento es erróneo. Siguiendo a MARX, no vió que los salarios reales deben aumentar, y atribuyó los fenómenos de la segunda fase (exportación de capital, etcétera) a la concentración monopolística del capital. Asimismo, no fundamenta la existencia de dos fases solamente. V. I. LENIN, *Imperialism, the Last Stage of Capitalism*.

sión y el ahorro a través del porcentaje de beneficio, etc.), pero su gran proliferación muestra lo insatisfactorio de todas.

Cualquiera que pueda ser la teoría neoclásica con más éxito, parece que uno de los hechos que tendrá que explicar es por qué la relación entre los beneficios y la renta nacional deviene relativamente estable (aparte de las variaciones cíclicas) en la segunda fase. El modelo clásico no puede explicarlo, pero si se acepta la estabilidad, el modelo clásico puede aclarar el nivel al que la relación se estabiliza. Porque, puesto que la relación aumenta durante la primera fase y después se estabiliza, la tarea de explicar dónde se estabiliza pertenece realmente a la primera fase y, por tanto, al modelo clásico.

Esta línea de explicación tiene su origen en la proposición de que durante la primera fase la innovación aumenta el tipo de beneficio sobre el capital, pero no el tipo de salario. Por lo que, a no ser que las innovaciones sean en conjunto muy favorables al empleo (aumentando el empleo tanto como aumenta el tipo de beneficio), el margen de beneficio se incrementará continuamente. Podemos representar la situación esquemáticamente suponiendo que la técnica ha venido incrementando la productividad continuamente desde una fecha arbitraria, tal como el año 1800 a. de C., y ha elevado los beneficios más aprisa que el empleo. Entonces, en cada país, en la primera fase del desarrollo, el margen potencial de beneficio habrá aumentado desde 1800 hasta la fecha en que se alcance la segunda fase del desarrollo. Se deduce que los márgenes de beneficio más bajos se registrarán en los países que alcancen antes su segunda fase, y los más altos en los países en donde el retraso en alcanzar dicha fase sea mayor. Se deduce también que los países que comienzan a desarrollarse más tarde se estabilizarán con cuotas de ahorro y tipos de crecimiento mayores que aquellos otros que alcancen antes su segunda fase. La conclusión está sujeta a muchas modificaciones.

a) El efecto de las innovaciones sobre el empleo no es el mismo en todos los países. b) Los sectores capitalistas de los diferentes países no utilizan la misma técnica al mismo tiempo. c) Los salarios de subsistencia no son los mismos en los diferentes países, y aumentan según tipos diferentes; los márgenes de beneficio deberán ser mucho más elevados en países donde la productividad de los campesinos es baja, tal como en Africa Central, que donde es elevada, tal

como el Japón. *d)* El margen entre los salarios reales y el nivel de subsistencia no es el mismo en todas las partes. Y *e)*, la migración internacional de capital tiende a evitar que las diferencias en los tipos de beneficio sean tan amplias como de otra forma serían. No obstante, no hay muchas pruebas que apoyen el orden indicado en el diagrama de la figura 4. Francia parece haber sido la primera

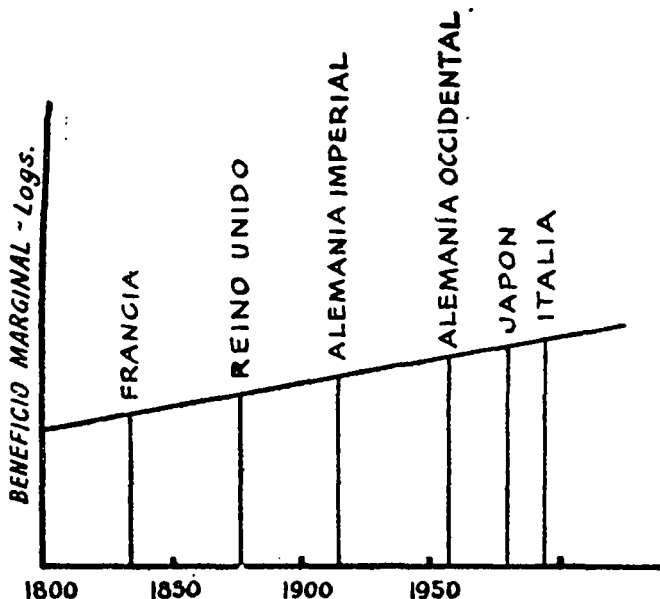


Fig. 4.^a

nación de la Europa Occidental que ha alcanzado la segunda fase debido a su lento crecimiento de la población y a su agricultura comparativamente estacionaria. Alemania Occidental entró en una nueva primera fase después de la segunda guerra mundial, debido a la inmigración de refugiados; recientemente ha alcanzado de nuevo su segunda fase. Entre los países capitalistas adelantados, los márgenes de beneficio más elevados parece se registran en la Alemania Occidental, Japón (que espera alcanzar su punto crítico en, más o menos, diez años, debido a la fuerte reducción de su tipo de natali-

dad) e Italia, donde el exceso de mano de obra es todavía sustancial.

IV. EL SOCIALISMO RICARDIANO

Sin embargo, no hay que confundir análisis con prescripción facultativa. Este modelo muestra que el empleo aumenta cuando la parte de la renta nacional que va a parar a los beneficios privados aumenta. De esto no debe deducirse que aquellos que desarrollen este análisis defiendan el incremento de la parte de los beneficios privados en la renta nacional.

Tanto Adam Smith como Ricardo refutaron esta imputación de una forma específica. En el modelo de A. Smith el tipo de salario aumenta continuamente y el tipo de beneficio y, asimismo, la parte de la renta de la tierra dentro de la renta nacional disminuyen. Se alegraba de la siguiente situación:

“¿Debe considerarse esta mejora de las circunstancias de los estratos más bajos de la población como una ventaja o como un inconveniente para la sociedad? La respuesta parece a primera vista muy sencilla. Los sirvientes y los trabajadores de las diferentes clases, constituyen la mayor parte de todas las grandes sociedades políticas. Pero la mejora de las circunstancias de la mayor parte no puede nunca considerarse como un inconveniente para la totalidad. Ninguna sociedad puede ser seguramente próspera y feliz si la mayor parte de los miembros son pobres y miserables. Es justo, además, que aquellos que alimentan, visten y construyen habitación para toda la población, tengan una participación del producto de su propio trabajo que les permite alimentarse, vestirse y vivir dignamente” (38).

Incluso Ricardo quería que los salarios aumentaran a costa de los beneficios y de las rentas de la tierra. Lo que impidió esto en su modelo fué el hecho de que, para él, la población aumenta si el tipo de salario se eleva sobre el tipo natural. Sin embargo,

(38) Op. cit., pág. 78. Ver también págs. 87 y 92-5.

“No debe entenderse que el precio natural de la mano de obra, estimado incluso en alimentos y bienes necesarios, es absolutamente fijo y constante. Varía en el tiempo dentro del mismo país y difiere apreciablemente entre los diferentes países. Depende esencialmente de los hábitos y costumbres de la población... Los amigos de la humanidad no pueden más que desear que, en todos los países, a las clases trabajadoras les gusten las comodidades y diversiones y que sean estimuladas por todos los medios legales en sus esfuerzos para procurárselas. No puede haber mejor seguridad contra una población superabundante” (39).

Con estas palabras Ricardo abrió la puerta a los socialistas, porque ellas implicaban que la renta de la tierra y el beneficio eran una exacción arbitraria cuyo volumen se determinaba, en su conjunto, por la actitud de las clases trabajadoras hacia la reproducción, actitud que se reflejaba en el precio natural por debajo del cual no podría mantenerse la población activa. El razonamiento se trasladó así desde el plano analítico al ético. ¿Que derecho tenía la tierra y el capital para participar en el producto de la mano de obra? Como señaló Thomas Hodgskin:

“El terrateniente y el capitalista no producen nada. El capital es el producto de la mano de obra, y el beneficio no constituye más que una parte de este producto, exigida sin caridad a cambio de la cual se permite al trabajador consumir una parte de lo que él mismo ha producido” (40).

Marx menospreció a estos socialistas ricardianos. Los llamó “utópicos” porque se trasladaban desde el plano analítico al ético. Prefirió su propia demostración “científica” de que la revolución socialista era inevitable. Pero aparte del fallo de su “ciencia”, es en el plano ético, en último término, donde los problemas sociales han de resolverse.

El capitalista ha encontrado defensores de dos clases. Primero, la teoría de la distribución de la productividad marginal niega que el producto total se deba a la mano de obra y pretende mostrar lo que marginal y exactamente contribuye la mano de obra, la tierra

(39) *Principles*, págs. 96, 100.

(40) Citado en ESTHER LOWENTHAL, *The Ricardian Socialists*.

y el capital. Esto hace volver de nueva la cuestión al plano analítico sin responder la cuestión ética. Incluso aunque se pudiera calcular la productividad marginal de la tierra, no se deduce de ello que un grupo particular de ciudadanos, denominados terratenientes, deban recibir una suma igual al producto marginal multiplicado por la cantidad. La teoría de la productividad marginal muestra cuál es la contribución *marginal* de la *tierra* y cuánto pueden apropiarse *en total* los *terratenientes* en una sociedad competitiva pura; pero no nos dice cuánto *deberán* recibir los terratenientes, en caso de que deban recibir algo.

La segunda clase de defensa sigue las ideas de Bentham demostrando que es necesario para el bien de la sociedad en su conjunto, incluyendo a los trabajadores, que los capitalistas reciban una gran parte del producto —para estimular a la empresa y como fuente de ahorro—, lo cual implica que ni la empresa ni el ahorro son posibles sin el beneficio privado. Las respuestas a este respecto son bien conocidas. La escuela de los cooperativistas propone el ahorro y la empresa cooperativa como una alternativa; los socialistas proponen el ahorro público y las empresas públicas como otra alternativa. Las respuestas a estas respuestas son también muy conocidas. Así se completa el objetivo de este postartículo: advertir al lector que no debe tratar de deducir directamente de este modelo de expansión económica ninguna prescripción facultativa o receta relativa a las instituciones sociales que requiere el desarrollo económico.

W. ARTHUR LEWIS

APENDICE

Aprovecho la oportunidad para advertir dos errores del primer artículo que han sido señalados por el profesor Harry Johnson.

1. En la página 355 está implícito que si la elasticidad de la demanda para los alimentos fuera la unidad, el aumento de la productividad en el sector de subsistencia debería ser compensado exactamente por un movimiento *adverso* de los precios. Esto no tiene en cuenta el hecho de que, ya que los trabajadores de subsistencia consumen alguna parte de su propio producto, ha de considerarse su elasticidad de la demanda con respecto a la renta, así como la elasticidad de los compradores con respecto a los precios. Mi formulación

habría sido correcta en el caso de que los trabajadores de subsistencia vendieran todo lo que ellos producen. Sin embargo, los principales puntos del párrafo no se ven afectados por estas consideraciones, es decir, aquel que afirma que el sector capitalista se beneficia si el cambio de las relaciones reales de intercambio sobrepasa el incremento de la productividad y aquel otro, que esto es lo que sucede en la práctica.

2. En las páginas 364 y ss. se supone que "ambos países producen alimentos, pero no realizan intercambio con el mismo", así como que cada uno produce un segundo producto. Se concluye entonces que los precios relativos de estos segundos productos están determinados. Sin embargo, estos precios relativos están determinados solamente porque se supone que una unidad de alimentos en el país A, debe ser igual a una unidad de alimentos en el país B, y es solamente la posibilidad de intercambio de alimentos la que asegura esta igualdad. Mi supuesto, por tanto, no es que no lleven a cabo intercambio de alimentos, sino que, lo realicen o no, el equilibrio se mantiene por la posibilidad de intercambio. Pero, dado que éste es el supuesto, el caso 2 de la página 364 y ss. constituye en realidad solamente un ejemplo especial del caso 3 de la página 369.

RESEÑA DE LIBROS

HAROLD KARR CHARLESWORTH, *The Economics of Repressed Inflation*, George Allen & Unwin, Ltd., Londres, 1956, 126 páginas.

Son raros los autores que con material para escribir un libro voluminoso tienen la honradez científica de reducirlo a lo que tiene de verdaderamente nuevo e interesante. No obstante, a la larga este rasgo los compensa con creces y los méritos de sus pequeñas obras se hacen públicos, convirtiéndose en aportaciones clásicas a la literatura económica. En cierta medida esto es lo que ocurre y ocurrirá con el trabajo de Charlesworth. Basta la lectura de algunas páginas de su obra para comprobar que si hubiera querido podría haberse extendido ampliando la exposición, por medio de exámenes retrospectivos y estudios de otras aportaciones que nadie le hubiera criticado y, sin embargo, no nos ofrece más que la quintaesencia de sus razonamientos. Aunque sólo fuera por estas razones estaría justificado dedicarle algunas líneas como tributo de simpatía. La reseña de este tipo de obras es sumamente difícil, no es necesario explicarlo en detalle después de lo dicho: rara es la página que no contiene ideas nuevas dignas de atención y comentario. Me atrevo a afirmar que en las ciento veintiséis páginas de la obra se pueden encontrar, por lo menos, otros tantos temas para tesis doctorales verdaderamente originales, aunque plagadas de dificultades por su misma originalidad.

Sin embargo, la obra presenta un serio error de apreciación: el autor no parece haberse dado cuenta de toda la importancia del tema que tenía entre manos. El lector avisado comprenderá lo que quiero decir con sólo el siguiente comentario: bastaría haber completado el análisis considerando al capital como factor escaso (en abscisas, en el caso de las representaciones gráficas), para que el libro se convirtiera en una primera aproximación a una teoría general de la inflación reprimida. Esta limitación es reflejo, como suele ocurrir, de que el autor tiene en la mente un problema y un momento concretos: la situación de la economía inglesa en los años

de guerra y de posguerra (1). Aunque al estudiar dicha situación el autor establece un aparato teórico que es el que, en mi opinión, justifica la importancia de su trabajo, no llega a ver con claridad todo el alcance de sus propios hallazgos. Por ejemplo, la obra podría haber ganado generalidad al tratar la inflación reprimida en los casos de desarrollo económico insuficiente. Así, tendríamos un análisis de los fenómenos característicos de la inflación reprimida con escasez de mano de obra y escasez de capital real y sólo quedaría el estudio de los aspectos monetarios del estado de estancamiento que, por otra parte, ya ha sido tratado en forma más o menos satisfactoria por multitud de autores.

Una ventaja más de esta investigación consiste en haber seguido el único esquema lógico aceptable: antes de enfrentarse con un problema empírico concreto el autor prepara un modelo teórico y el instrumental que necesita para estudiarlo a fondo (2).

En el capítulo I, ofrece el autor, otro mérito de la obra (3), "su definición del concepto implícito en el carácter reprimido; "...se produce una inflación reprimida cuando el gobierno interviene directamente en el funcionamiento del sistema de racionamiento y en la función distributiva del sistema de precios por medio de controles" (pág. 14). Como vemos, la situación práctica que pretende analizar el autor le hace adoptar una definición demasiado estrecha del problema que estudia. Sin embargo, algo paradójicamente, esto no afecta a la calidad de la obra (4). No es este el lugar para proponer otra definición, pero era necesario señalar que aunque el autor explica lo que ha de entenderse por el carácter reprimido del fenómeno, no da una definición completa de "inflación reprimida" que es lo que debería haber hecho. Si el autor cree que no es necesario definir la inflación por existir ya alguna definición que considere adecuada, poco trabajo le hubiera costado completar la con-

(1) El éxito de la planificación económica inglesa en la época de guerra y posguerra es hoy día un hecho reconocido (esta obra viene a confirmarlo). No ocurría lo mismo en 1951, cuando escribí un trabajo sobre la estructura económica de Inglaterra. Véase CARLOS MUÑOZ LINARES, *Inglaterra, en Estudios sobre la unidad económica de Europa*, Espasa Calpe, S. A., Madrid, 1953.

(2) He aquí el esquema metodológico que deberían seguir las tesis doctorales, logrando así los dos objetivos fundamentales de estos primeros ensayos: demostrar un dominio aceptable de la teoría y capacidad para aplicarla a casos empíricos definidos.

(3) Mérito teniendo en cuenta la inveterada costumbre de entrar en el estudio de un problema sin definirlo.

(4) A esta altura es necesario insistir sobre la necesidad de enfrentarnos con la tarea de establecer una tipología completa y rigurosa de los fenómenos inflacionistas: las expresiones "espiral inflacionista" e "inflación galopante", entre otros, han dejado de estar a la altura de las circunstancias.

ceptualización de la situación económica que pretende estudiar. En resumen, siendo éste el único descuido metodológico que encontramos en el libro no es necesario insistir. Supongamos nosotros también que con la definición que nos da Charlesworth del carácter reprimido y con la idea que tenemos de "inflación" podemos seguir adelante. Esto es posible porque a la definición citada añade nuestro autor que la inflación reprimida está caracterizada por dos condiciones que podemos resumir del modo siguiente: 1) existencia de una demanda monetaria excesiva, y 2) presencia de medidas de política económica para impedir que esta demanda influya en los precios de los mercados de factores de la producción y bienes de consumo (5).

Antes de entrar en el comentario detallado de los diversos capítulos del libro debemos señalar que en el primero (en realidad es una introducción), el autor afirma que pretende efectuar "un análisis de los diferentes objetivos que puede perseguir la política fiscal" (pág. 15). Nada se dice de la política monetaria, aunque se trata de ella en el texto. Aquí sí es obligado hacer una crítica sin paliativos, el problema del comercio exterior y sus relaciones con los problemas monetarios nacionales escapa por completo a la atención del autor y, tratándose de un estudio que podría describirse como un examen de la situación económica de Inglaterra de 1939 a 1945, esto resulta imperdonable, tanto desde el punto de vista teórico como desde el práctico.

Charlesworth divide el capítulo II del libro en dos partes: 1) el problema durante el período bélico, y 2) el problema en la posguerra. En lugar de estos títulos yo leo, y aconsejo al lector español que también lo haga: 1) el problema en las fases iniciales de la industrialización, y 2) el problema durante la segunda fase del proceso de industrialización. Basta sustituir "guerra" por "industrialización" para comprender lo que hemos dicho: no se trata únicamente de un estudio sobre la economía de la inflación reprimida en Inglaterra, sino de una aportación de interés general. Valga como muestra el siguiente ejemplo: "Una economía de libre cambio que se dedica plenamente a la industrialización (guerra) debe alterar en forma drástica su orientación. En un principio la economía está orientada hacia la demanda de bienes de consumo y no hacia las necesidades del gobierno para la industrialización (guerra). La demanda de bienes de consumo encuentra expresión monetaria en los

(5) Ahora es bien patente el carácter incompleto de la "definición" de CHARLESWORTH: va a estudiar las situaciones en que la demanda monetaria es excesiva, sin tratar de la oferta. Aquí también encontramos que el desliz metodológico no afecta a la calidad del trabajo porque, en realidad, algo dice en el texto.

ingresos de los factores de la producción. Los bienes y servicios se distribuyen a los dictados del sistema de precios, que constituye el único mecanismo que raciona la oferta de los factores de la producción y de los bienes de consumo. Es inútil tratar de depender del sistema de precios al producirse el aumento de la demanda de factores de la producción para producir bienes y servicios que han de consumirse en el proceso de industrialización en la (guerra), ya que tal demanda sólo se relaciona con los ingresos disponibles de los factores por medio de operaciones fiscales y emisiones de deuda. Hay que romper el eslabón que existe entre la renta percibida por los factores de la producción y su gasto para satisfacer necesidades de consumo”.

En este segundo capítulo brilla por su ausencia el análisis formal, pero sobresalen la perspicacia y el conocimiento de la situación. El lector puede practicar la lectura entre líneas y, si quien lee es ducho en la materia, se le aclararán muchas características de la política económica española de los últimos años: el papel del tipo de interés, la preferencia por la liquidez del sector público, la propensión al consumo de la clase trabajadora, el ahorro voluntario e involuntario y sus propensiones correspondientes, la eficacia de los controles directos e indirectos, etc.

La segunda parte del capítulo: “problemas de la posguerra” (segunda fase de la industrialización) es, según creo, de provechosa lectura para quienes se preocupen por lo que puede ocurrir en España en un futuro más o menos lejano, a pesar de que el problema de la redistribución de la mano de obra sería muy diferente. Una vez concluidos los planes de la primera fase de industrialización parte de la mano de obra que ha intervenido en ellos tendrá que volver a ocupaciones no industriales y si en el intervalo no se procura la expansión de las actividades agrícolas el problema no dejará de presentar una cierta gravedad y no por lejano debe dejar de tenerse en cuenta.

El capítulo III, titulado “La oferta de factores en condiciones de inflación reprimida”, 18 páginas, condensa un análisis tan profundo y acertado que hace añorar la “teoría” a los que estamos ocupados en cuestiones “prácticas” y es un buen ejemplo de acierto metodológico. Hay que advertir que desde un principio, y en esta obra principio equivale a media página, entramos en un denso estudio basado en curvas de nivel de la oferta de mano de obra, con supuestos implícitos de mini-max que no creo asequible a gran número de lectores.

Por primera vez en la literatura económica contamos con un examen bastante completo sobre la conducta de la mano de obra ante una situación de demanda reprimida. Como si esto fuera poco el autor pasa a utilizar familias de curvas de indiferencia para es-

tudiar las interrelaciones que se producen entre los dos factores más importantes de la producción, pero sólo trata, como ya hemos señalado, de la escasez de mano de obra. El fenómeno de la inhibición de los costes (6) se deduce inmediatamente y los máximos condicionados se convierten en simples máximos y la producción adquiere caracteres extraeconómicos.

El capítulo IV está dedicado a estudiar las reacciones de los consumidores ante la inflación reprimida, aplicándose el mismo método que en el anterior y contiene razonamientos de importancia fundamental, por profundos y originales, sobre el fenómeno de los embotellamientos.

El capítulo V, 6 páginas (!) resulta en verdad demasiado conciso ya que trata, nada menos, que de la distribución de los factores de la producción en una economía con inflación reprimida. La dificultad de la lectura de este capítulo aumenta con las constantes referencias al análisis gráfico de los anteriores (7).

En el capítulo VI se trata de la situación de la industria en condiciones de inflación reprimida con una altura y rigor similar al de los anteriores, haciendo hincapié especial en cinco factores fundamentales: 1) la inelasticidad de la oferta de trabajo en función de los incentivos monetarios; 2) la necesidad de recurrir a factores menos productivos para mantener el volumen de la producción; 3) la creciente influencia de los embotellamientos; 4) el aumento de la unidad de coste a que da lugar la imposibilidad de mantener condiciones óptimas, y 5) la influencia de las demandas de aumentos de salarios. El ejemplo del racionamiento de los huevos que ocupa tres páginas, en un capítulo de diez, no merece sin duda el espacio que el autor le ha dedicado y tiene un sabor muy especial de los años bélicos en Inglaterra.

El capítulo VII, cuatro páginas y media(!), aunque no deja de tener interés histórico, también es una reminiscencia de épocas pretéritas, aunque podría haberse actualizado estudiando el mercado negro en relación con los controles estatales de los países que persiguen la industrialización a ultranza.

En el capítulo VIII la inflación reprimida deja de ser, como era lógico, un fenómeno económico para convertirse en una forma de política económica que adoptan los gobiernos al comprobar la ineficacia a corto plazo de las políticas monetarias y fiscal (y, a pesar de todo su título, que justifica el contenido, es "La importancia de la política fiscal"). En general, el autor parece no confiar mucho

(6) Ponga el lector al capital en abscisas y aplique las conclusiones a España.

(7) Como ejercicio práctico aconsejamos al lector que aplique al análisis gráfico los cambios de los variables y los constantes que se estudian en este capítulo.

en estas medidas de política económica, pero hay que tener en cuenta que en sus razonamientos se refiere exclusivamente a Inglaterra donde la estructura del sistema fiscal está caracterizada por una gran progresividad. En el caso de otros países que tienen un aparato fiscal más atrasado la política fiscal es un instrumento de importancia fundamental. En último término todo el problema es cuestión de cálculo económico. No obstante, el mismo autor concede importancia a esta política por su influencia sobre los modelos de gasto, consumo e inversión. El hecho de que este capítulo trate sólo de la situación inglesa nos excusa de dedicarle un comentario más amplio, aunque como tal es digno de grandes elogios.

Pasamos al capítulo IX, en realidad último de la obra, en el cual presenta Charlesworth una serie de conclusiones que reflejan la utilidad del sistema teórico que ha utilizado y, aunque una vez más se sigue tratando únicamente de Inglaterra, la lectura sirve para comprobar la importancia del libro.

Por último, el autor ha añadido un último capítulo que es una actualización de los problemas estudiados en el cuerpo del texto y que abarca la situación económica inglesa de 1950 a 1954. En cuatro de sus once páginas hace referencia a la balanza de pagos y su relación con la inflación reprimida y, como era natural, no se ve bien la relación con el resto del estudio. En esto encontramos una comprobación de lo que suele ocurrir cuando se adopta una metodología adecuada y luego se abandona. Si Charlesworth hubiera seguido una concatenación lógica habría estudiado en cada capítulo la influencia del comercio exterior, o mejor dicho, habría aplicado a su análisis un modelo abierto y no sería necesario haber incorporado a la obra esta especie de apéndice.

Volvemos a insistir en que se trata de una verdadera aportación a la literatura económica y que, hasta la fecha, no existe nada más completo sobre la inflación reprimida, como fenómeno y como forma de política económica. Por esto, Douglas, el hijo del autor a quien está dedicada la obra, tiene sobradas razones para estar orgulloso y si alguna vez ofrece un trabajo a su padre, tiene en éste una rica cantera de buenos ejemplos, de rigor y honradez científica.

CARLOS MUÑOZ LINARES

JOSÉ ACISCLO CASTEDO y HERNÁNDEZ DE PADILLA, *Referencias históricas y comentarios sobre la economía arancelaria española*. Madrid, 1958, 437 págs. 150 ptas.

He aquí una obra francamente interesante para los economistas españoles. Sin embargo, he aquí una obra con profundos errores económicos. Conviene aclarar esta aparente paradoja.

Cuando se aborda este libro de Castedo buscando en él una perfecta precisión científica, el lector se siente defraudado. Una obra escrita en 1958, sobre la economía arancelaria española donde trabajos ya tan clásicos como el de *Economía Hispana*, de Perpiñá o los estudios sobre la valoración de nuestro comercio exterior verificados por el Profesor Valentín Andrés Álvarez ni se han comultado ni se citan siquiera, en que los criterios sobre el proteccionismo nacional de Flores de Lemus ni son mencionados, en donde se sigue empleando como texto indiscutible la tan superada obra de Pugés, parece convidar a su condena. Si a esto se suma que no se manejan adecuados conocimientos sobre la teoría económica en general y en particular sobre la del comercio exterior, que la visión histórica es sustituida muchas veces por una mera recopilación de fechas y datos, sin análisis alguno de las fuerzas sociales que mueven las palancas de la política arancelaria, parece lógico suponer que el comentario crítico habrá de ser negativo.

Por el contrario me encuentro más bien inclinado a conceder una alta calificación a este libro. Su autor es hijo de don Sebastián Castedo y Palero que desempeñó vitales cargos en la dirección de la economía española; él mismo ha escalado altos puestos como funcionario del Cuerpo técnico de Aduanas. Dos generaciones viviendo de cerca el desarrollo de la cuestión arancelaria en nuestra Patria tienen que dejar un rico remanso de recuerdos, de datos acumulados. ¿Debe renunciarse a estructurar con ellos un volumen por carecer de una más amplia formación histórica, económica o sociológica? A mi juicio, rotundamente, no.

La historia económica del siglo XX español se encuentra aún por escribir en muchas—en casi todas—sus partes esenciales. Quien tenga materiales útiles será bienvenido por la ciencia.

Castedo los aporta, desde luego. A algunos podrán parecer farragosos, por ejemplo, los capítulos XI a XV. Quien se preocupe por la historia económica de la Dictadura los leerá con agradecimiento y mucho fruto. Un especialísimo interés, para la historia de la II República, ofrece, por ejemplo, el capítulo XIX—con

mucho, el mejor literariamente, al escribir el autor más cerca de tono de unas *Memorias*—donde también aparecen curiosas referencias al naciente movimiento falangista. ¿Y cómo no ha de agradecer un futuro historiador del Fomento del Trabajo Nacional los datos de las páginas 414-415?

Errores, apasionamientos, quedan pues, ocultos con esta gran aportación documental. Ojalá su decisión—pues para estos trabajos se precisa de mucha valentía y de mucho amor al trabajo—sea imitada por más de uno entre nuestros veteranos altos funcionarios. Multitud de acontecimientos económicos que transformaron la vida española a lo largo del siglo XX podrán ser juzgados más adecuadamente si cunde el valioso ejemplo de Castedo.

JUAN VELARDE FUERTES

MAURICE GIRAULT: *Initiation aux Processus Aléatoires*, Dunod, París, 1959, 110 págs.

El Director del Instituto de Estadística de la Universidad de París, George Darmon, dirige la colección "Probabilités, Statistique, Recherche operationnelle"; ya apareció un libro de Probabilidades —sección A de la colección—: "Ensembles mesurables et probabilisables"; otro de Estadística Matemática —sección B—: "Analyse de variance et plans d'expérience"; y, por último, la sección C, de Investigación Operacional, se inaugura con el que es el objeto de esta recensión.

Como dice Bartlett —al comenzar su "Introduction to Stochastic Processes"—, la teoría de los procesos estocásticos puede considerarse como la parte "dinámica" de la Estadística Matemática, y esta razón justifica el interés y la esperanza que los economistas han depositado en el desarrollo de esta rama científica de los Métodos estadísticos; ahora bien, en primer término, el estudio de los "procesos estocásticos" incluye muchas cuestiones que por razones bien distintas son de escasa o nula posibilidad de aplicación, pero, sobre todo, el aparato matemático y estadístico que emplean los tratadistas más conocidos de la materia —Doob, Bartlett, Levy, Cramer, Wold, etc.— lo hace casi ininteligible para la mayor parte de los economistas.

A mi juicio, la principal ventaja de la publicación de M. Girault reside en el hecho de que su "Initiation aux Processus Aléatoires" puede comprenderse fácilmente por un economista que haya seguido un curso de Estadística del mismo nivel que el que

se exige a los alumnos de tercer curso de la Facultad de Ciencias Económicas de Madrid, y en virtud de mis consideraciones del párrafo anterior este hecho nos obliga a dar cuenta a los lectores de esta Revista de la aparición del trabajo que se reseña.

También es elogiable la selección de cuestiones incluidas en la obra; en efecto, se comienza con una introducción elemental de la noción de "proceso aleatorio"; el buen sentido didáctico del autor se pone de manifiesto en esta "Introducción" al presentar tres cuestiones tales, que en cada una de ellas ha de investigar la ley probabilística del sistema y el óptimo económico y que conducen de manera sencilla al concepto de proceso aleatorio.

Los tres capítulos siguientes están referidos al proceso de Poisson; las distribuciones Gamma, Beta y de Poisson constituyen casi todo el conocimiento estadístico que exige su comprensión. Tras describir el proceso como sucesión de intervalos aleatorios independientes de distribución Gamma y con distribución de Poisson para los sucesos que se producen en un intervalo de tiempo dado, presenta el autor distintos resultados diferentes a la distribución de Poisson y a otras distribuciones —tales como las de Beta, familias de distribuciones Gamma, etc.— y dedica el último de estos capítulos a estudiar algunas aplicaciones directas del proceso de Poisson.

Los capítulos restantes, salvo el último, están dedicados a estudiar algunos problemas de la "Teoría de Colas". Como es bien sabido, desde que Erlang investigó —hace cincuenta años— sobre un problema de comunicaciones telefónicas, se han empleado diversas técnicas matemáticas y estadísticas para resolver otros problemas análogos: embotellamiento de comunicaciones telefónicas, de alimentación y averías de máquinas, etc., hasta dar lugar a una parte interesante de la moderna "Investigación Operacional"; sin embargo, el carácter de "proceso estocástico" que presenta este tipo de problema ha permitido sistematizarlos de una manera más científica, y aunque M. Girault no realiza un tratamiento muy completo de la cuestión, desde el punto de vista de la "Teoría de los Procesos Estocásticos" considero que consigue una buena aportación para iniciarse en esta técnica, de tan gran interés para los economistas; la terminología empleada no es tampoco la que —procedente de la Estadística Actuarial— está muy extendida entre los estadísticos.

El último capítulo —que se titula "Conclusión"— podría ser el primero de un manual corriente de "Procesos Estocásticos" y, en efecto, en su comienzo dice el autor:

"Quisiéramos generalizar aquí la cuestión viendo cómo se puede definir un proceso de una manera general; se-

ñalar las particularidades que puedan presentarse y que permitan simplificar el estudio. En una palabra, quisiéramos dar algunas breves indicaciones a los lectores que deseen seguir el estudio de los procesos estocásticos."

A continuación se define el "proceso"; se establece el concepto de "función aleatoria" y se tratan, en forma concisa, algunos procesos sencillos: Cadenas y procesos de Marcov, procesos de crecimientos independientes y procesos regenerativos.

En un "Apéndice" se comentan algunos ejercicios propuestos en el texto y se incluyen once tablas de gran valor para la resolución de problemas corrientes de la Teoría de Colas.

Aunque en general la publicación está bien cuidada, en cuanto a posibles erratas, se encuentran algunas incorrecciones en la sección dedicada a notaciones y formulario: falta el signo "igual" al definir la función de distribución; se define la función característica en lugar de la esperanza matemática y no se aclara qué es respecto al origen el momento de orden h que se define.

Se encuentran también algunas faltas de rigor, fácilmente subsanables, a través del texto, pero estas minucias se compensan con exceso por las virtudes que encierra la obra: sencillez y amenidad, principalmente; dos características muy difíciles de conseguir en una publicación sobre "procesos aleatorios".

ANGEL ALCAIDE INCHAUSTI

Revista de Estudios Políticos

(BIMENSUAL)

Estudios - Notas - Mundo hispánico - Recensiones - Noticias de libros - Revista de revistas - Bibliografía

Consejo de Redacción:

EMILIO LAMO DE ESPINOSA

Director del Instituto de Estudios Políticos

CARLOS OLLERO GÓMEZ

Subdirector del Instituto de Estudios Políticos

JOSÉ CORTS GRAU, LUIS DíEZ DEL CORRAL, MANUEL FRAGA IRIBARNE, JESÚS F. FUEYO ALVAREZ, ENRIQUE GÓMEZ ARBOLEYA, JOSÉ ANTONIO MARAVALL CASESNOVES, ADOLFO MUÑOZ ALONSO, MARIANO NAVARRO RUBIO, CARLOS RUIZ DEL CASTILLO, LUIS SÁNCHEZ AGESTA, ANTONIO

TOVAR LLORENTE

Secretaría de Redacción:

SALUSTIANO DEL CAMPO URBANO

SUMARIO DEL NUMERO 101

(Septiembre-Octubre 1958)

ESTUDIOS Y NOTAS:

LUIS LEGAZ LACAMBRA: "Legalidad y legitimidad".

SEIZO OHE: "El futuro político del Japón".

CARLOS ALONSO DEL REAL: "Las más antiguas formas de mando".

M. AGUILAR NAVARRO: "Aspectos generales del control internacional".

SALUSTIANO DEL CAMPO: "Grupos pequeños y organización informal".

CAMILO BARCIA TRELLES: "El ayer, el hoy y el mañana internacionales".

MUNDO HISPANICO:

ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO: "El día de las Américas".

RECENSIONES Y NOTICIA DE LIBROS.—REVISTA DE REVISTAS.

BIBLIOGRAFIA DE DERECHO POLITICO Y CONSTITUCIONAL.

Precios de suscripción anual:

España y Territorios de Soberanía española	120,—	ptas.
Portugal, Iberoamérica, Filipinas y Estados Unidos ...	150,—	"
Otros países	200,—	"
Número suelto	40,—	"

INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS

Plaza de la Marina Española, 8.—(MADRID-ESPAÑA).

Revista de Estudios Políticos

(BIMENSUAL)

Estudios - Notas - Mundo Hispánico - Recensiones - Noticias de libros - Revista de revistas - Bibliografía.

Consejo de Redacción:

EMILIO LAMO DE ESPINOSA

Director del Instituto de Estudios Políticos

CARLOS OLLERO GÓMEZ

Subdirector del Instituto de Estudios Políticos

MANUEL CARDENAL IRACHETA, JOSÉ CORTS GRAU, LUIS DíEZ DEL CORRAL, MANUEL PRAGA IRIBARNE, JESÚS F. FUEYO ALVAREZ, ENRIQUE GÓMEZ ARBOLEYA, JOSÉ ANTONIO MARAVALL CASESNOVES, ADOLFO MUÑOZ ALONSO, MARIANO NAVARRO RUBIO, CARLOS RUIZ DEL CASTILLO, LUIS SÁNCHEZ AGESTA, ANTONIO TOVAR LLORENTE.

Secretaría Técnica: SALUSTIANO DEL CAMPO URBANO.

SUMARIO DEL NUMERO EXTRAORDINARIO 102-103:

(Noviembre-Diciembre 1958; Enero-Febrero 1959)

Dedicado a la

TERMINOLOGIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES

con una *Introducción*, por ENRIQUE GÓMEZ ARBOLEYA, y los siguientes apartados:

Administración Pública - Antropología social - Ciencia política -

Derecho - Economía política - Psicología social - Sociología.

"El ayer, el hoy y el mañana internacionales", por CAMILO BARCIA TRELLES.

MUNDO HISPANICO:

PABLO A. RAMELLA: "Panorama constitucional argentino".

RECENSIONES Y NOTICIAS DE LIBROS.—REVISTA DE REVISTAS.

BIBLIOGRAFIA SOBRE EL COMUNISMO, por JORGE XIFRA HERAS.

Precios de suscripción anual:

España y Territorios de Soberanía española	120,—	ptas.
Portugal, Iberoamérica, Filipinas y Estados Unidos ...	150,—	"
Otros países	200,—	"
Número suelto	40,—	"

INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS

Plaza de la Marina Española, 8.—(MADRID-ESPAÑA).

SERVICIO GRATUITO DE EXTRACTOS DE ARTICULOS DE REVISTAS EXTRANJERAS EN MATERIA DE ECONOMIA

La Biblioteca de la Universidad de Madrid ofrece, gratuitamente por correspondencia a los estudiosos y a cuantos trabajan en el campo de la Economía y sus ciencias auxiliares, información, en forma de extractos, de los artículos publicados en todo el mundo en Revistas extranjeras de la especialidad mencionada, seleccionados y redactados por especialistas de alto nivel, peritos en documentación.

La Biblioteca mantiene sus ficheros de extractos al día a disposición del público, integrados ya por más de cincuenta mil fichas clasificadas por materias de lo publicado desde el año 1950.

Para solicitar la información dirigirse al señor don Javier Lasso de la Vega, Director de la Biblioteca Universitaria de Madrid, Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales, calle de San Bernardo, 49.

ECONOMIA POLITICA

Tome XII, n° 4.

octobre-décembre 1958.

ECONOMIE APPLIQUEE

Théorie Monétaire - II.

- J. DENIZET: La part des phénomènes monétaires dans le modèle de Keynes et dans les modèles de comptabilité économique (préface de CL. GRUSON).
- L. GANCEMI: Les idées monétaires depuis 1945.
- R. HICONNET: Reflexions sur la zone sterling.
- M. PENOUIL: Quelques aspects de la politique d'aménagement du territoire (Cahier 70).
- S. WICKAM, E. DEUTSCH, J. MONTEIL: L'exploration commerciaux (Cahier 71).
- R. TRIFFIN, J. DESMYTTERE, J. P. HAYES, J. K. WRIGHT: Contributions à l'étude de l'économie européenne (Cahier Série R. n° 3).
- L. COUFFIGNALD, D. et A. GABOR, C. B. GIBBS, A. W. PHILIPPS, Cybernétique et Economie (Cahier Série N, n° 2).

ECONOMIE APPLIQUEE et CAHIERS DE L'INSTITUT DE SCIENCE ECONOMIQUE APPLIQUEE

Directeur, François PERROX; Secrétaire Général, H. BONJOUR.
(I.S.E.A., 35, boulevard des Capucines.—PARIS - 2ème).